

8 de marzo /ochos de marzo. Notas sobre mujeres e internacionalismos

Fotografía: ©Freepik

La felicidad que podría despertar nuestra envidia existe sólo en el aire que hemos respirado... Con otras palabras, en la representación de felicidad vibra inalienablemente la de redención. Y lo mismo ocurre con la representación del pasado, del cual hace la historia asunto suyo. El pasado lleva consigo un índice temporal mediante el cual queda remitido a la redención. Existe una cita secreta entre las generaciones que fueron y la nuestra.

Walter Benjamin,
Tesis de Filosofía de la Historia (2/11)

52

LA CONMEMORACIÓN DEL 8 DE MARZO PLANTEA UNA SERIE DE dilemas. Disputas en torno al nombre: (Día Internacional de las Mujeres Trabajadoras// Día Internacional de las Mujeres) en las que resuenan conflictos políticos. Debates por los significados asignados al ser mujeres, por las convocatorias, las inclusiones y las exclusiones, las ubicaciones desiguales: espaciales, de clase, corporales, territoriales. Dilemas que recurren, acuciadas como estamos por el aumento de la explotación y la desigualdad, la violencia misógina y feminicida, la expropiación de nuestros cuerpos, el avance sobre los territorios ancestrales, cuyas defensoras son mujeres, el inaca-



Alejandra Ciriza

Doctora en Filosofía. Profesora de Introducción a la Filosofía y el Pensamiento Feministas FCPYS-UNCU. Investigadora Principal del CONICET. Directora de la Maestría en Estudios Feministas-UNCU.

* Fotografía tomada por Leandro Fernández.

bable trabajo de reproducir la vida, las múltiples formas de extorsión y explotación patriarcal. Todo ello en un momento en el que las feministas estamos en todas partes, pero nosotras, las del sur, necesitamos procurar por nuestra propia cita secreta.

8 de marzo ¿cuál?

Hacia fines del siglo XIX, inicios del XX un puñado de mujeres socialistas puso de manifiesto su empeño por establecer un hito en el tiempo, un día de lucha y organización para las mujeres trabajadoras y socialistas en el marco de las organizaciones políticas y sindicales entonces existentes.

Corrían tiempos de expansión del capitalismo. Si la primera revolución industrial había disuelto las relaciones sociales y económicas con consecuencias sobre la organización familiar y territorial provocando migraciones del campo a la ciudad, transformaciones en las formas de división social y sexual del trabajo, la fase en la cual se produce el debate acerca del día internacional de las mujeres trabajadoras es caracterizado de esta manera por Rosa Luxemburg:

Con la «mercancía» capital se expanden masivamente «mercancías» aún más notables desde algunos países llamados civilizados al mundo entero: modernos medios de transporte y exterminio de poblaciones autóctonas enteras, economía monetaria y endeudamiento del campesinado, riqueza y miseria, proletariado y explotación, inseguridad de la existencia y crisis, anarquía y revoluciones. Las «economías nacionales» europeas extienden sus tentáculos hasta todos los países y pueblos de la tierra para ahogarlos en la gran red de la explotación capitalista. (Luxemburg, 1916/17: 23)

Una nueva fase de expansión colonial se había iniciado y la humanidad se veía comprometida en la primera guerra interimperialista jugada en territorio europeo.

El asunto de los derechos de las mujeres había venido del brazo de las revoluciones burguesas. En 1841 la socialista franco-peruana Flora Tristán había escrito la *Unión Obrera* señalando la especificidad de la situación de las mujeres proletarias y proponiendo un horizonte de organización internacionalista, feminista y socialista. En 1851, en el contexto de la lucha abolicionista, Sojourner Tru-

th había pronunciado su discurso en Akron, y solo unos años más tarde, en 1869, el funcionario de la Compañía Británica de las Indias orientales JS Mill había escrito *La esclavitud de la mujer*. Las mujeres mismas se habían movilizado por sus derechos: al voto, a mejores condiciones de trabajo, a la abolición de la esclavitud, a la educación. Muchas, en distintas latitudes, advertían que las marcas de sexuación tenían consecuencias políticas y que no solo se trataba de sus suertes individuales.

Hacia inicios del siglo XX las asimetrías que Luxemburg señala no solo produjeron el genocidio de los hereros, causado por los colonialistas alemanes, sino que la expansión capitalista fue transformando el rostro y el color de las pieles de la gente en algunos países, como es el caso de Argentina, genocidio indígena y migración europea mediante (Lenton, *et al.*, 2015). El blanqueamiento, los procesos de proletarianización de campesinos y personas racializadas se cumplirían de manera desigual a lo largo y ancho de nuestro continente, en un momento histórico en el cual la expansión capitalista y el progreso parecían marchar inexorablemente de la mano. Dicho en términos de la ideología dominante: se blanquearían los negros, tal como sucedió en Brasil (González, 1980); o luego de emanciparse de la esclavitud ingresarían a puñados en las prisiones para ser utilizados como mano de obra gratuita, tal como sucedió en los Estados Unidos (Davis, 2004). «Se *civilizarían* los bárbaros, vagos y malentretenidos» por el despojo de sus tierras y las mezclas raciales beneficiosas y devendrían, claro que, en el imaginario dominante, mansos trabajadores asalariados. Las mujeres se privatizarían alegremente en un mundo de puertas y violencias cerradas proveyendo con diligencia lo necesario para sus maridos y el capital: hijos, ropa limpia, descanso, reposición gratuita de la fuerza de trabajo a expensas de una feminidad pasiva, doméstica, y de una sexualidad reproductiva y heterosexual.

Flora Tristán había escrito y pronunciado una respuesta política más apropiada para subalternos y subalternas: la organización proletaria y la afirmación de solidaridades internacionalistas. Sus herederas, las socialistas, procuraron establecer un día internacional de las mujeres trabajadoras no solo con vistas a la lucha feminista, que también encarnaban a su modo las sufragistas, sino hacia un horizonte socialista para la humanidad entera.

Clara Zetkin insistiría sobre la idea en diversas oportunidades en el marco de las conferencias internacionales de mujeres socialistas celebradas en Stuttgart (1907) y en Copenhague (1910).

Si durante la Conferencia de Stuttgart se apoyó el derecho al voto de las mujeres, la de 1910 estableció, con una representación de mujeres socialistas de 17 países, un Día internacional de la Mujer, que se celebraría anualmente. La iniciativa fue planteada por la delegada alemana Louise Zietz y apoyada por Clara Zetkin, presidenta de la Internacional de Mujeres Socialistas. La resolución adoptada indicaba:

De acuerdo con las organizaciones políticas y sindicales con conciencia de clase del proletariado de sus respectivos países, las mujeres socialistas de todas las nacionalidades tienen que organizar un Día de las Mujeres (Frauentag) especial, el cual, ante todo, tiene que promover la propaganda del sufragio femenino.... (Cit. por Frenicia y Gaido, 2018:3)

La promoción del sufragio se articulaba a demandas de una legislación protectora de las trabajadoras, de asistencia para madres, hijxs, de igualdad de trato para las madres solteras, de provisión de guarderías y jardines de infancia, de comidas y medios de enseñanza gratuitos en las escuelas y de solidaridad internacional.

En el marco de los movimientos por la paz que surgieron en vísperas de la llamada Primera Guerra Mundial, las mujeres rusas celebraron su primer Día Internacional de la Mujer el último domingo de febrero de 1913. En el resto de Europa, los mítines se realizaron en torno al 8 de marzo de 1914 para protestar contra la guerra.

En 1917, y como reacción a los millones de soldados rusos muertos, las mujeres de ese país volvieron a las calles el último domingo febrero, bajo el lema «pan y paz». La protesta desembocó en la revolución y marcó la fecha del Día Internacional de la Mujer. Se trató de una huelga de varios días que acabó forzando la salida del zar. Dice Temma Kaplan:

Los trabajadores de la industria metalúrgica se unieron a la protesta de las mujeres pese a que los Bolcheviques veían su movilización como precipitada. El 25 de febrero, dos días después de que comenzara la insurrección... el zar ordenó

(...) disparar si fuera necesario para acabar con la revolución de las mujeres. (Kaplan, 1985: 169).

La fecha en la que comenzó esa huelga de las mujeres rusas en el calendario juliano fue el domingo 23 de febrero. Ese mismo día en el calendario gregoriano era 8 de marzo, y esa es la fecha en que se celebra ahora.

Según la propia Kaplan fueron los acontecimientos de los años sesenta en Estados Unidos los que imprimieron otra dirección a la conmemoración del 8 de marzo: día de las mujeres sin más, despojado del molesto tufillo a trabajadoras, bolcheviques y socialistas. «En 1967 fue conmemorado por hijas de antiguos comunistas en la universidad de Illinois. Desde entonces ha devenido una oportunidad para un nuevo sentido de conciencia femenina y de internacionalismo feminista.» (Kaplan, 1985: 170).

En 1975 Naciones Unidas, tras inaugurar lo que sus funcionarix denominaron la «Década de la Mujer», iniciada en México, y de convocar cuatro conferencias mundiales sobre Mujer, Paz y Desarrollo, a lo que se sumaron los foros paralelos de Organizaciones No Gubernamentales (ONG), produjeron una inflexión en el sentido de la conmemoración, que conoció una notoria expansión al calor de otra comprensión acerca del internacionalismo. El movimiento de mujeres se perfilaba como un actor relevante en un escenario en el cual la clase obrera y las tradiciones proletarias comenzaban a ser borradas. Mujeres sin más... Se abriría en breve una era de devastación neoliberal y predominio del capital financiero en una saga de predación infinita de las vidas de lax de abajo, las mujeres, la naturaleza.

En 2017 una iniciativa internacional, parida a la luz de la violencia feminicida, trajo la idea de huelga, de un paro internacional que abriera una suerte de compás, un tiempo para sustraernos a las presiones de la aceleración capitalista y la machacona insistencia en confiscar nuestros tiempos. La convocatoria instaba a hacer un suspenso para nosotras y marchar, un asunto para pensar pues la confiscación del tiempo ha devenido crucial bajo el signo de la pandemia por covid-19.

En 2018 feministas descoloniales como Yuderkys Espinosa, cuya carta fue seguida de una larga lista de firmas, pusieron en cuestión la idea de un paro internacional feminista para el 8M. Corrió la acusación de eurocentrismo y la sospecha hacia las usinas de los feminismos bien comidos y me-

por financiados, hacia las liberales, a menudo no solo burguesas sino también racistas, hacia los organismos internacionales que se apropian de las trabajosas construcciones desde abajo. De mi parte, a sabiendas de la imposibilidad de parar para muchas, creo importante recuperar esa herencia plebeya y plural de las huelgas, traer a nuestro presente las imágenes vívidas de nuestras ancestras que nos convocan al paro y a marchar. El paro no fue nunca un asunto de liberales, y menos aún de burguesas. Fue, y continúa siendo, una forma de resistencia de oprimidas y explotadas.

Mujeres ¿sin más?

Las feministas angloparlantes llevan décadas discutiendo acerca de las categorías de sexo y género. De mi parte tiendo a pensar que esa manera de conceptualizar ha conducido a una serie de atolladeros, aporías, o como sea que se les llame. Múltiples preguntas y debates se han desatado desde mediados de los setenta, y aún más desde mediados de los ochenta, cuando el feminismo fue lisa y llanamente descartado en las universidades en beneficio de los

«estudios de género» (Scott, 1993). Se desanclaba la producción teórica de la práctica política.

Mi respuesta discurre en una dirección diversa. Pienso en «las mujeres» de la misma manera que Marx pensaba la «población», como una forma de nombrar un «concreto-abstracto», es decir, un grupo humano cuyos límites no se definen, sino que se determinan. Las mujeres remiten a un vivido pero no sabido, un grupo cuyas determinaciones proceden del terreno de las experiencias históricas y sociales. Parafraseando las observaciones de Marx sobre la población y reemplazando por las mujeres podríamos decir que (las mujeres) «... es una abstracción si dejo de lado, por ejemplo, las clases y estas clases son una palabra huera si desconozco los elementos sobre los cuales reposan, por ejemplo, el trabajo asalariado, el capital...». (Marx; K., [1857] 1968: 21). La forma de argumentación esgrimida, aun cuando señala en el sentido de la imposibilidad de hablar de «las mujeres», se ubica en un terreno distinto del de las políticas de identidad. A la manera de Spivak, se trata de utilizar el término como herramienta política sin atribuirle esencialidad alguna, como tempranamente señalaba Truth.

Fotografía: ©Freepik



Se trata de las determinaciones de la experiencia: se es una mujer de muchas maneras, bajo relaciones de clase, racialización, edad, ubicación (Truth, 1851). Las consecuencias políticas de la corporalidad humana son muy diferentes según el momento histórico, según la ubicación social, según la localización espacial.

La experiencia de las mujeres se ubica en un sistema de relaciones heteropatriarcales que nos asigna lugares de subordinación, explotación, dominación. A la vez que proliferan los debates sobre un feminismo sin mujeres, la brutal arremetida feminicida de los últimos tiempos las repone repetidamente en el lugar negado. A la vez que la violencia patriarcal ha hallado nombres, y hemos logrado leyes y hasta políticas públicas, su incidencia sobre la vida de mujeres y personas feminizadas se hace cada día más brutal. De allí la importancia de conservar la referencia a las mujeres, con todas las determinaciones que son del caso, pensando a la manera de las feministas materialistas francófonas. Las mujeres son sujetos corpóreas inscriptas en *rapports sociaux de sexe* mucho más que en relaciones individuales (*relations*). Como bien lo advirtiera Colette Guillaumin, las mujeres constituimos un grupo afectado por la explotación y la apropiación de nuestras capacidades corporales (lo que Guillaumin llama *sexage*) y por formas específicas de violencia. De allí la relevancia de traer a colación la especificidad histórica de la inscripción de la corporalidad humana en el orden social y político uno de cuyos aspectos decisivos es la división sexual del trabajo y la apropiación del cuerpo de las otras.

Engels señalaba a fines del siglo XIX que la primera forma de división del trabajo era la división entre varones y mujeres. Se iniciaba entonces una polémica demasiado larga de relatar para este espacio.

Esa división sexual del trabajo determinó para las mujeres las tareas de reproducción de la vida humana: reproducción social y biológica de la especie, a la vez que invisibilizó su contribución en el campo de la producción: la producción de las campesinas se transformó en continuación del trabajo doméstico, el trabajo de las proletarias y niños, en trabajo borrado de la historia de una clase obrera que fue prefigurándose como masculina y blanca.

Las mujeres fueron transformadas, real o imaginariamente, en personas privadas y domésticas, incluso si no lo habían sido. Algunas, las privilegiadas, pudieron liberarse de la esclavitud doméstica

a costa del trabajo de otras, explotadas en razón de la clase y la racialización. Los varones de todas las clases sociales, como sabiamente supo verlo Flora Tristán, se liberaron a costa de las mujeres. Las proletarias devinieron la proletaria del proletario, a lo que se suman las múltiples formas de extorsión, explotación y violencia contra las personas racializadas, las subalternas de las subalternas.

¿Qué internacionalismo afirmar?

La particular ubicación de las mujeres trabajadoras colocó un acento singular al 8 de marzo.

La liberación de las mujeres fue imaginada y rememorada a la medida de la propia clase, de la propia ubicación, de los tiempos que corrían, del horizonte de felicidad imaginado: un mundo internacionalista de productores y productoras libres. La imagen portentosa de la fotografía de Tina Modotti, allá por 1928, ilustra esa imaginación.

En los años sesenta, los procesos de radicalización política y de transformaciones dadas por la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, produjo un vuelco en la manera de ver la cuestión, que fue hegemonizada por las feministas blancas estadounidenses. Es bajo la hegemonía de esta versión de los feminismos que se transforma el sentido del 8 de marzo como día internacional de las mujeres bajo la idea de que la clave se hallaba en la denominada opresión sexista y en las relaciones asimétricas de poder entre varones y mujeres. La hegemonía del feminismo blanco estadounidense ocluyó la posibilidad de percibir otras experiencias en su propio territorio, como las de las feministas negras a la vez que apuntó a expulsar cualquier marca que recordara el origen proletario y socialista de la conmemoración.

En 1975 se cerraría el círculo de las paradojas. Bajo la impronta de Naciones Unidas se promovía el internacionalismo de los gobiernos y las feministas blancas y educadas. Esa hegemonía, sin embargo, no lograría silenciar todas las voces. Es muy conocido el altercado entre Betty Friedan y Domitila Barrios. Ante la pretensión de la estadounidense y sus aliadas, Domitila les señala con claridad la desigualdad de clase:

Señora, hace una semana que yo la conozco a usted. Cada mañana usted llega con un traje diferente; y, sin embargo, yo no. Cada día llega usted pintada y peinada ... Y para presentarse aquí como se presenta, estoy segura de que usted vive en una vivienda bien elegante, en un barrio también elegante, ¿no? Y, sin embargo, nosotras las mujeres de los mineros, tenemos solamente una pequeña vivienda prestada y cuando se muere nuestro esposo o se enferma o lo retiran de la empresa, tenemos noventa días para abandonar la vivienda y estamos en la calle. Ahora, señora, dígame: ¿tiene usted algo semejante a mi situación? ¿Tengo yo algo semejante a su situación de usted? Entonces, ¿de qué igualdad vamos a hablar entre nosotras? ... Nosotras no podemos, en este momento, ser iguales, aun como mujeres, ¿no le parece? (Viezzler: 2005 (1978): 166).

Las conferencias internacionales promovían un internacionalismo de acuerdos, políticas estatales, consensos liberales. Sin embargo, a la vez, la expansión de la conmemoración portaba un potencial revulsivo. Una mujer racializada como Domitila, con una larga experiencia política en las minas de Bolivia utilizaba, en 1975, ese espacio para subvertir las propuestas de las organizadoras. Con ella, muchas latinoamericanas pudieron procurar por su palabra, poner en cuestión las propuestas liberales, reivindicar sus experiencias, aprender unas de otras, escucharse, calibrar tejedoras de solidaridades desde abajo.

Bajo la iluminación propuesta por Domitila, a la luz de nuestras memorias políticas, de nuestras experiencias de colonización y genocidio, pero también de nuestras experiencias organizativas, las feministas del sur podemos continuar recordando el sentido internacionalista de los 8 de marzo en un momento en el cual capitalismo y patriarcado amenazan la vida del mundo y la naturaleza que somos y en la cual vivimos con una violencia difícilmente equiparable a la de otros momentos históricos. Tal vez la conmemoración sea la oportunidad para traer a colación, como dijeran nuestras hermanas chilenas, que lo que nos sucede no es una mera casualidad, sino el producto de la imbricación entre patriarcado y capitalismo. Inspiradas en la Rosa Roja que cumple 150 años tal vez ha llegado el momento de recuperar los hilos sueltos de nuestras memorias fragmentadas. Las alamedas de la historia abiertas en Chile en 2019, pobladas

de Gladys y Gabriela, de Las Tesis y Violeta. El grito colectivo de Niunamenos cruzando el aire del continente, y tomando voz en la mexicana Vivir Quintana en una declaración colectiva contra el miedo, incluso si la crueldad de estos días hace que soñemos con nuestras muertas. La oleada verde cubriendo Argentina como una marea interminable de viejas y jóvenes enlazadas en una larga historia. La figura fresca de la señora de las aguas, Berta Cáceres, en defensa de nuestros bienes comunes. Berta sembrada en múltiples encarnaciones en los territorios, desde Honduras, en las tierras lencas, hasta el sur de la Wallmapu y la fragante selva colombiana. Nuestra América tiene mucho para decir en sus muchas lenguas.

Bibliografía

- Davis, A. (2004). *Mujeres, raza y clase*. Madrid: Akal.
- Frencha, C. y Gaido, D. (2018). «Los orígenes socialistas del Día Internacional de la Mujer y el periódico *Rabotnitsa*». En *Feminismo y movimiento de mujeres socialistas en la Revolución Rusa*. Santiago: Ariadna Ediciones (generado el 16 de febrero 2021). Recuperado de <<http://books.openedition.org/ariadnaediciones/1947>>.
- González, L. (1980). «Racismo e sexismo na cultura brasileira». *IV Encontro Anual da Associação Nacional de Pós Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais*, Rio de Janeiro.
- Kaplan, T. (1985). «On the socialist origins of International Women's Day». *Feminist Studies*. 11(1), 163-171.
- Lenton, D. et al., 2015. «Huellas de un genocidio silenciado: los indígenas en Argentina». *Conceptos*. 90(493), 119-42.
- Luxemburg, R. (1916-17). *Introducción a la economía política*. Grupo Germinal: Edicions Internacionals Sedov. Recuperado de <http://grupgerminal.org/?q=node/491>.
- Marx, K. (1968), (1.ª ed. 1857). *Introducción general a la crítica de la economía política*. México: Siglo XXI.
- Scott, J. (1993). «El género, una categoría útil para el análisis histórico». En M. C. Cangiano y L. Du Bois (comps.). *De mujer a género*. Buenos Aires: CEAL.
- Truth, S. (1851). *Ain't I A Woman? Delivered at Women's Convention, Akron, Ohio*. Recuperado de <https://www.thesojournertruthproject.com/compare-the-speeches/>.
- Viezzler, M. (2005), (1.ª ed. 1978). *Si me permiten hablar... Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*. Edición digital: Siglo XXI.